

□ Tiempo de lectura: 2 min.

Un maestro viajaba con un discípulo encargado de cuidar el camello. Un atardecer, habiendo llegado a una posada, el discípulo estaba tan cansado que no ató al animal.

“Dios mío”, rezó mientras se acostaba, “cuida del camello: te lo confío”.

A la mañana siguiente el camello había desaparecido.

– ¿Dónde está el camello? preguntó el amo.

– No lo sé, respondió el discípulo. Tienes que preguntárselo a Dios. Anoche estaba tan agotado que le confié nuestro camello. Desde luego, no es culpa mía que se escapara o que lo robaran. Le pedí explícitamente a Dios que velara por él. Él es el responsable. Usted siempre me insta a tener la mayor confianza en Dios, ¿no es así?

– Ten la mayor confianza en Dios, pero primero ata tu camello, respondió el amo. Porque Dios no tiene más manos que las tuyas.

Sólo Dios puede dar la fe;

tú, sin embargo, puedes testimoniarla.

Sólo Dios puede dar esperanza;

Tú, sin embargo, puedes infundir confianza en tus hermanos.

Sólo Dios puede dar amor;

Tú, sin embargo, puedes enseñar a otros a amar.

Sólo Dios puede dar la paz;

Tú, sin embargo, puedes sembrar la unidad.

Sólo Dios puede dar fuerza;

Tú, sin embargo, puedes dar apoyo a los desanimados.

Sólo Dios es el camino;

Tú, sin embargo, puedes mostrar el camino a los demás.

Sólo Dios es la luz;

Tú, sin embargo, puedes hacerla brillar a los ojos de todos.

Sólo Dios es la vida;

Tú, sin embargo, puedes reavivar en los demás el deseo de vivir.

Sólo Dios puede hacer lo que parece imposible;

Tú, sin embargo, puedes hacer lo que es posible.

Sólo Dios se basta a sí mismo;

él, sin embargo, prefiere contar contigo.

(Canción brasileña)